

# ***Tiempos humanos y tiempos de Dios***

P. Carlos Avellaneda

Meditación Jueves Santo 2012

## **Introducción**

Buenas noches a todos. Como el año pasado también éste quisimos reunirnos en la noche del Jueves Santo en compañía de Jesús que en la última cena nos entregó el mandato del amor, invitándonos a amarnos los unos a los otros. Esta noche santa concentra toda la enseñanza de Jesús en el gesto del lavatorio de los pies como símbolo de lo que es la vida misma: un gesto del amor infinito de Dios hacia cada uno de nosotros (hemos sido amados) y un gesto de nuestro amor que podemos concretar en innumerables actos de servicio en la vida cotidiana (podemos amar).

Quando hablamos de amar siempre es necesario evitar abstracciones y teorizaciones fuera de la realidad y del tiempo. Sabemos bien que somos habitantes de una época y protagonistas de un tiempo que es el nuestro, diferente al de nuestros padres o abuelos. Si el amor es eterno, el amar siempre es temporal: amamos influidos, condicionados, esperanzados o desalentados por la coyuntura histórica de los tiempos que nos tocan vivir. Tiempos sociales y políticos, personales y familiares, tiempos de la Iglesia y la comunidad. Necesitamos darnos cuenta que nuestro amar siempre es contemporáneo: amamos como “hoy” podemos y debemos hacerlo.

Esos diversos niveles de temporalidad –tiempos socio-político, personal-familiar, eclesial-parroquial– se entrecruzan e influyen. Mi tiempo personal afecta y es afectado por el momento que atraviesa mi familia. Lo que se vive como clima social y político en la Argentina de hoy me afecta no sólo en lo laboral, sino también en lo anímico y hasta en lo espiritual. Pienso por ejemplo en la sensación de desgano, pesimismo y saturación de muchos; y también en los sentimientos de impotencia y de intolerancia que percibo a veces veces en mí y en otras personas. Lo mismo podríamos decir del clima por el que atraviesa hoy la Iglesia Católica y también nuestra pequeña comunidad parroquial o parroquias vecinas: hubo y hay épocas distintas, algunas mejores y otras peores.

Todo eso nos toca y afecta, para bien o para mal. Tenemos que reconocer que somos no sólo “protagonistas” de una época porque podemos influir en ella; también somos “hijos” de un determinado tiempo porque somos afectados por él. Hoy nos interesa reflexionar en cómo afecta en nuestras relaciones amorosas el tiempo que vivimos y cómo podemos ser más protagonistas que víctimas de nuestro tiempo.

## 1) Nuestro tiempo

Lo primero que salta a nuestra impresión sobre este tiempo es que hay mucha inseguridad y mucha sensación de inseguridad. Las dos cosas. Una realidad genera la otra. La imparable inseguridad en las calles provoca una silenciosa pero viva sensación de miedo en las familias. Estamos abrumados de noticias tremendas, dolidos por lo que les pasó a tantas víctimas y preocupados por lo que pueda pasarnos a nosotros.

Otra cualidad de nuestro tiempo es la dificultad para convivir en paz. Hay mucha conflictividad social y política. Los dirigentes rivalizan, se pelean, buscan su poder y provecho personal. Cuesta encontrar dirigentes en búsqueda de acuerdos y soluciones para la gente. Se multiplican las protestas en las calles, la intolerancia, la confrontación. Nos lastiman las denuncias por la corrupción política, en la justicia y en las fuerzas de seguridad.

Por otra parte, muchas personas perciben un horizonte cerrado en lo social y lo político; no hay perspectivas de cambio, de renovación; sentimos que las cosas seguirán siempre igual y que nosotros somos impotentes para modificar la realidad. Esto debilita la esperanza y quita motivación.

Hay muchos que también se ven abrumados por la situación económica. Las crisis parecen volver de modo recurrente y afectan la estabilidad en el trabajo y la profesión. Aun cuando las cosas no están tan mal como en tiempos pasados, el habernos quemado con leche hace que muchos, cuando ven una baca, lloran; es decir: frente a las dificultades laborales de hoy se sienten muy afectados por la acumulación de frustraciones que vienen de lejos.

Por otra parte los adultos vemos con preocupación el tiempo que les toca vivir a nuestros hijos, en especial por su futuro, ante un panorama tan incierto e inestable no sólo en lo laboral sino también en los vínculos, en sus parejas, etc. Ellos por su parte, se concentran en el presente, y demoran el ritmo para llegar al mundo adulto. La adolescencia no termina para ellos con el colegio, sino que la prolongan lo más que pueden. Los jóvenes quieren pasarla bien mientras se pueda y sus padres los banquen.

Otra característica del tiempo actual es su aceleración: vivimos a un ritmo muy intenso, todo debe ser rápido, todo nos urge, todo es para ayer. El ritmo con el que se vive es el ritmo de la comunicación digital; el tiempo del doble click. Se multiplican las horas de trabajo y, para compensar, nosotros multiplicamos "programas" divertidos que nos hagan sentir menos aburridos. Quizás no esté faltando "parar la pelota", pensar qué hacemos y por qué, qué estamos dejando de hacer y qué deberíamos atender. Respondemos a cuestiones urgentes "reaccionando" frente a las demandas de la realidad, pero muchas veces descuidamos lo importante no "actuando" con libertad y convicción para darle el lugar que las cosas importantes merecen. Tenemos la agenda de la semana llena de compromisos pero que no siempre está balanceada cualitativamente. Dicho más fácil: por lo urgente descuidamos lo importante que a veces ni siquiera sabemos qué es porque no nos lo planteamos como pareja y no lo priorizamos como familia. De ese modo perdemos poder sobre nuestra vida y conducción de nuestra cotidianeidad. Las cosas nos pasan, las situaciones se suceden y atajamos los penales, pero nos falta un plan de juego. No fijamos nuestra agenda, ella parece escribirse sola, parece tener vida propia al margen de nosotros. Pero los que tenemos que vivir esa vida agendada nadie sabe bien por quien somos precisamente nosotros. Así es como muchas personas están viviendo una vida, un matrimonio, un trabajo, una familia que no quieren... pero siguen igual.

Por otra parte, en la vida de muchas personas aparece el virus de la rutina. La rutina es como la cizaña en el trigo, como los yuyos que invaden y ahogan la vida sembrada. Es la

consecuencia de esta aceleración que nos vuelve impotentes: más espectadores que protagonistas de lo que vivimos; sin capacidad de innovación y orientación. La rutina se traga nuestra vida como experiencia valiosa y significativa. Todo parece igual, nivelado, aplanado, sin relieve ni importancia. Nada nos alegra ni motiva suficientemente. La vida rutinaria necesita ser rescatada cada tanto por sensaciones y diversiones intensas que desde afuera nos distraigan y nos hagan creer que somos felices.

Cuando tenemos la oportunidad de hacer un retiro o de tener nuestro rato de adoración, muchas veces aparecen estas cosas; pero al salir de ese clima sosegado y tranquilo nos cuesta no entrar de nuevo en la aceleración que nos desordena y desestabiliza espiritualmente. Perdemos fácilmente el orden interior que es un *“ordo amoris”*, como decía san Agustín, un orden que prioriza amores y trae paz.

Pero como dijimos al comienzo, no podemos ni necesitamos salirnos de nuestra época para evitar deshumanizarnos o para ser buenos cristianos. No es debido a las falencias y lacras de una determinada época que somos infelices. No podemos echarle la culpa de nuestra dificultad para ser felices al tiempo que nos tocó vivir. Más bien esta dificultad puede deberse a nuestra incapacidad para darle un sentido valioso a nuestra vida más allá de las dificultades de la época. Dios ha entrado en el tiempo y lo asumió para salvarlo. Él se hizo hombre y vivió el tiempo que le tocó. Asumió su época tan o más conflictiva que la nuestra. Y amando hasta la entrega de la cruz redimió a los hombres de todos los tiempos y redimió el tiempo que acompaña a cada hombre, también el nuestro.

### **3) Reflexión creyente sobre nuestro tiempo**

Los relatos evangélicos de la vida, pasión, muerte y resurrección de Jesús siempre sitúan al Señor en una determinada coordenada histórica: Jesús no sólo nació, vivió, predicó, amó y murió en un determinado tiempo, sino que fue afectado por él. No obstante, tantos condicionamientos no lograron impedir que él viviera el amor en su versión más plena, humana y divina. Recuerden cómo fue el nacimiento de Jesús. Nos dice san Lucas: “En aquella época apareció un decreto del emperador Augusto, ordenando que se realizara un censo en todo el mundo. Este primer censo tuvo lugar cuando Quirino gobernaba la Siria. Y cada uno iba a inscribirse a su ciudad de origen” (Lc 2,1-3). Esto significó que justo en el tiempo del parto, santa María y san José tuvieron que trasladarse a la fuerza a Belén por un decreto de la autoridad imperial pagana. Y no sólo eso sino que María tuvo que dar a luz al niño en un pesebre porque “no había lugar para ellos en el albergue” (2,7). Sin embargo en medio de tanto condicionamiento e incomodidad se cumplió el plan de Dios acerca del Mesías que debía pertenecer a la familia de David, originaria de Belén.

Algo parecido ocurre con Jesús recién nacido. Nos cuenta san Mateo que apenas nacido el niño, un ángel advierte a san José: “Levántate, toma al niño y a su madre, huye a Egipto y permanece allí hasta que yo te avise, porque Herodes (rey judío de ese tiempo) va a buscar al niño para matarlo” (Mt 2,13). Recién nacido, Jesús se ve amenazado de muerte y el matrimonio de María y José partirán al extranjero para salvarlo. El evangelista Mateo lee desde la fe este acontecimiento penoso, diciendo que esto sucedió así “para que se cumpliera lo que el Señor había anunciado por medio del Profeta: ‘Desde Egipto llamé a mi hijo?’ ” (2,15). De nuevo aquí el plan de Dios sobre esta familia se cumple “mediante” una coyuntura histórica adversa.

Y durante toda su vida pública, Jesús tuvo que afirmar su humilde mesianismo de amor rechazando un mesianismo violento y político, tal como en esos tiempos se esperaba. Pero quizás fue la coyuntura histórica de opresión del pueblo, lo que abrió a la gente a la presencia de un

salvador, aunque Jesús no siguiera el modelo de liberador violento. Aquí también los tiempos adversos vividos por los judíos fueron la situación en la que Dios actuó y salvó.

La resurrección de Jesús significa, entre otras cosas, la salvación de lo humano y de lo temporal: la vida es rescatada de los riesgos y condicionamientos que la oprimen en cada tiempo. Dios garantiza que la vida sea más fuerte que la muerte.

Estas consideraciones nos ayudan a comprender cómo los tiempos de Dios se cumplen en los tiempos humanos y sus planes de salvación se abren paso mediante la fe del matrimonio de santa María y san José y, de manera especial, con la entrega confiada de Jesús al plan de Dios. Nunca habrá una coyuntura histórica ideal para ser cristianos. Podemos serlo aún en tiempos difíciles. Sin embargo, como la sagrada familia, debemos vivir con fe nuestro propio tiempo. Vivir con fe es creer que también hoy la vida vence porque Dios lo hace posible. Pero vivir la fe significa vivirla con esperanza ya que lo que creemos debemos esperar que se vaya cumpliendo según los misteriosos “tiempos de Dios”. Claro que no se trata de una espera pasiva. El que cree y espera vive como posible y real el Reino de Dios, la vida de amor que Jesús nos trajo. Y si ese Reino es una realidad ya presente, creer y esperar significará amar, cuidando y haciendo crecer la vida que Dios mismo nos da. Y hacerlo aquí y ahora. En el fondo ser cristiano es creer en la resurrección, en el triunfo de la vida sobre los riesgos y amenazas que cada época la presenta.

Creer, esperar y amar, son las actitudes más protagónicas para vivir nuestro tiempo y “en él”, vivir el plan de Dios. Bajemos ahora un poco a lo concreto. ¿Cómo vivir nuestro tiempo desde la fe, la esperanza y el amor? No quisiera yo fijarles la agenda a ustedes y marcarles lo que ustedes tienen que vivir y cuánto tiempo le deben dedicar a cada actividad. Pero sí me animo a proponerles a ustedes y a mí mismo un listado de cuestiones valiosas que necesitamos cuidar y cultivar dedicándole un tiempo adecuado.

#### **4) Tiempo para mí**

Hablar del tiempo “para mí” puede sonar egoísta, y de hecho puede serlo si vivo sólo para mí, olvidándome de los demás. Sin embargo debemos reconocer que si no dedicamos un tiempo valioso y significativo para nuestra salud espiritual, emocional y física, nuestro “yo” se deteriora y se degrada. El descuido de nosotros mismos y la privación de una adecuada atención de nuestras necesidades personales, nos pone tristes o agresivos, susceptibles o violentos. Nos sentimos ignorados por los demás, dejados de lado, no atendidos por los que nos rodean, cuando en realidad ese malestar se debe a que nosotros mismos no nos prestamos una adecuada atención. La actividad física, la alimentación, la oración, el descanso, una terapia psicológica, el gozar del arte o la lectura, son todas actividades de distinto valor, pero que sirven para tomarnos en serio el hecho de que somos nuestro primer prójimo a quien debemos amar. “Ama a tu prójimo como a ti mismo”, nos dice la Biblia.

Todo lo que nos descuidemos a nosotros mismos se convertirá en reclamo y demanda a los demás. Los hombres suelen descuidarse a sí mismos por su adicción al trabajo y las mujeres suelen hacerlo por su adicción a atender a los demás. Y paradójicamente, el egoísmo y el egocentrismo tiene muchas veces su origen en la total falta de una sana atención de nosotros mismos. Preguntémonos: ¿qué me estoy debiendo a mí mismo/a en referencia a mi bien espiritual, emocional y corporal?

Mi experiencia acompañando crisis matrimoniales me dice que la falta de cuidado personal de cada cónyuge degrada y daña la relación de pareja. La condición de la entrega al otro es poder ser uno mismo, ya que para poder ser *de otro*, antes, durante y después de mi entrega al

otro, yo debo ser *mío*. Necesitamos ser nosotros mismos al entregarnos a los demás ya que allí está precisamente la fuente de nuestro potencial. Poder “ser yo” significa ser muchas cosas, entre ellas, poder “ser para vos”. Poder “ser mío” es la condición para poder “ser tuyo”.

Jesús siempre cuidó su vida, dándose tiempos de oración, descanso y alimentación. Así pudo ser libre en su entrega. Nunca dejó que lo dañaran (Juan 7,30.44), hasta que él mismo, sabiendo que había llegado su hora, decidió libremente entregarse a la muerte (Juan 17,1). Pero sintiendo que no era víctima de nadie: ni del odio de sus adversarios ni del descuido de sí mismo. Poco antes de su pasión decía: “Nadie me quita la vida, yo la doy por mí mismo” (Juan 10,18). La dolorosa pasión de Jesús no fue fruto de su auto-desprecio sino de una entrega libre y amorosa a los hombres.

## **5) Tiempo para nosotros como pareja**

El “nosotros” conyugal es la relación que ustedes mantienen como esposos. En sus matrimonios, están vos, ella o él, y está el “nosotros” que forman los dos. Se trata de una realidad interpersonal que goza, sufre, pide atención, nutrición y sanación. Se podría hablar de un “yo conyugal”, un “sujeto dual” que ustedes mismos construyen y que es protagonista de experiencias y al mismo tiempo las provoca en quienes lo integran. Ese “nosotros” necesita tiempo, cuidado, dedicación. Acompañando a muchas parejas he podido conocer distintos tipos de “nosotros conyugales”: “nosotros” fuertes, ricos y gozosos. También “nosotros” nosotros enfermos, heridos o anoréxicos.

Para comprender qué quiero decir al hablar del “nosotros” matrimonial les cuento un hecho real. Una vez un papá me contó una experiencia, yo diría, de “mística familiar”. Me dijo que estando solos en su living frente a la chimenea, él, su esposa y sus dos hijos, el mayor, en ese entonces de unos 5 o 6 años, rompió el silencio y dijo: “Papá...”. “Qué hijo”, respondió el padre. Y el niño continuó: “Estamos con nosotros”. No dijo: “estamos solos”. Dijo “estamos con nosotros”. Se trata de una experiencia formidable, el niño hizo experiencia del vínculo que los unía. Él percibió la existencia de un “nosotros” vivido, nada menos que la intimidad familiar. Lo mismo ocurre con la relación matrimonial: el “nosotros” conyugal existe y por eso requiere atención y cuidado de los dos. Esto significa que en el matrimonio no sólo debe haber un equilibrio de lo que ella debe darle a él y él a ella, sino también y especialmente, de lo que ambos deben darle a ese “nosotros” que forman como esposos. Darse tiempo a los dos para “ser nosotros”, para ser y vivirse como pareja. Darse tiempo para la comunicación, para acompañarse, para conversar situaciones familiares, para proyectar juntos, para el encuentro amoroso. Un “nosotros” conyugal descuidado se convierte en poco atractivo, aburrido, y hasta repulsivo. Los cónyuges necesitan pertenecer a un “nosotros” cálido, bello e interesante, si no lo buscarán afuera. Un nosotros que no sofoque ni ahogue la individualidad de cada uno, sino ahuyentaría más que lo que invitara.

A veces he percibido cómo parejas que necesitan embellecer su relación ya deteriorada, en vez de hacer algo por ellos mismos, proponen un cambio de muebles en el living o pintar la casa o mudarse o tomarse unas vacaciones a un lugar exótico (todo depende del presupuesto que manejen...). Pero en el fondo no necesitan un cambio o embellecimiento externo, sino interior. No necesitan tanto reciclar la casa como renovarse ellos como matrimonio. Cuando el “nosotros” conyugal está insatisfecho por falta de dedicación de los dos, es necesario darle alguna respuesta que satisfaga a ambos.

El “nosotros” matrimonial es una construcción sutil que, como fruto del amor, es un arte. El arte de dar lugar e integrar a dos seres distintos: con libido distinto (que además cambia en las

distintas épocas de la vida), con sensibilidad diferente, gustos, ideas, necesidades, actividades y tiempos también distintos. Sólo el amor es capaz de unir lo diverso en una unidad mística donde dos llegan a ser uno, permaneciendo dos.

Pregúntense: ¿cuánto tiempo se dedican como pareja? ¿Cuánto trabajan la relación, cuánto la disfrutan, la reflexionan y la llevan a pasear o descansar?

## **6) Tiempo para los hijos y la familia**

Así como existen los cónyuges –cada cónyuge– y también el “nosotros conyugal”, de modo semejante, existen los hijos –cada hijo– y el “nosotros familiar”. Por eso ahora hablamos de la necesidad de que los padres dediquen un tiempo a cada hijo y también un tiempo a la familia que los incluye a ellos mismos. Y como venimos hablando del tiempo personal y el conyugal de la pareja, podríamos decir que cuando cada uno de ustedes se dedica un tiempo para sí mismo y un tiempo para los dos, eso mismo los mantiene serenos y disponibles como para dedicar a la familia y a los hijos un tiempo que sea significativo, un tiempo de calidad.

Un tiempo de calidad es aquél que les permite a ustedes no sólo actuar como padres sino “sentirse padres”. A partir del vínculo con sus hijos, ustedes pueden construir un aspecto importantísimo de la identidad: ser padres, ser madres. Necesitan sentirse padres y no sólo vivir la relación con los hijos como una carga o responsabilidad; también como una posibilidad, un don, una gloria y una cruz. Algo que los constituye, que amplía y enriquece lo que cada uno de ustedes es.

¿Cuántas veces, después de una charla con un hijo, una noche sin dormir al lado de la cama del nene enfermo o yéndolo a buscar al boliche a la madrugada o viéndolo jugar rugby o hockey, ustedes sienten no sólo la pena del tiempo dedicado sino la gloria de que ustedes y sólo ustedes ocupan ese lugar intransferible e imprescindible en la vida de sus hijos? ¿Los llena de sano orgullo? ¿Retroalimenta el sentimiento de estima de ustedes mismos? Dedicar tiempo de calidad a sus hijos significa entonces ser conscientes quiénes son ustedes para ellos, cuánto significan, más allá de que se lo reconozcan o no. Sólo cuando para mí sea importante ser padre o ser madre, entonces seré alguien muy valioso para mi hijo y él lo será para mí.

Vivir la relación con los hijos bajo el dinamismo del tiempo significa también aceptar que el tiempo pasa, los chicos crecen y en ellos se van manifestando aspectos originales. Un hijo no es un “producto” fabricado a imagen y semejanza de los padres y sus expectativas; un hijo es un “fruto” misterioso, personal, libre, que se despliega por rumbos no siempre imaginados por sus padres. La fe nos dice además que cada hijo es un fruto de los padres en alianza con Dios. Sus hijos son suyos, siendo hijos de Dios; es decir, personas libres, autónomas y originales. Procreados por ustedes, son creados por Dios. Como creador, Dios es el garante de la originalidad de cada hijo. Honrar la paternidad significa acompañar el crecimiento original de cada hijo. Acompañar significa no abandonar, pero tampoco manipular y forzar. El amor a ellos por lo que son y tal como se van manifestando es la actitud que los ayudará a crecer para llegar a ser ellos mismos. Amarlos como son, acompañarlos para que sean y confiarlos a Dios, el Padre del cielo.

Además del tiempo dedicado a cada hijo está el tiempo para ser y vivirse familia: una comida compartida, unas vacaciones, una reunión para charlar temas importantes, momentos para poder decir: “estamos con nosotros”. Cuando no “estamos con nosotros” esa carencia se busca suplir (con amigos, con trabajo, con diversión) pero no se puede. No hace falta estar juntos todo el tiempo, pero sí algún tiempo.

Qué importante sería además, sobre todo en su etapa fundacional, que cada familia tuviera conciencia de su propio “nosotros” proyectado como un ideal. Es decir, que hicieran consciente qué quieren ser, qué los identifica, qué es valioso para ellos. Si esta identidad o proyecto familiar pudiera expresarse en un dibujo, en un escudo, en un lema: ¿cómo expresaríamos el ADN de nuestra familia? ¿Qué valores y prioridades nos identifican? ¿Quiénes deseamos ser? Debería ser un sentimiento compartido, deseado, que se transmite con convicción y que seduce. No debería ser una identidad impuesta por la fuerza.

Hoy vivimos tiempos de mucha fragmentación e individualismo. Sobre todo, cuando los adolescentes empiezan a individuarse, a desear ser ellos mismo, suelen cortarse bastante solos y tomar distancia del “nosotros” familiar. Si ellos vivieron un clima cálido en lo afectivo y en los valores compartidos y donde se respiró libertad y aprobación a cada uno, seguramente podrán independizarse de la propia familia de origen llevando en sí la riqueza de ese ADN familiar.

## **7) Tiempo para trabajar**

La dedicación a sí mismo, a la pareja, a los hijos y a la familia tiene una prioridad cualitativa sobre la dedicación al trabajo, aunque en verdad, el trabajo se lleva la mayor cantidad de nuestro tiempo cotidiano y, también, lo debemos reconocer, el tiempo de mayor lucidez y descanso. Cuando volvemos a casa no estamos en la mejor condición. No obstante qué bien nos haría que cuando salimos a trabajar, no nos salgamos de la presencia de quienes amamos. Que podamos darle a nuestra profesión o empleo un sentido valioso para nosotros. Trabajamos porque lo necesitamos, porque nos hace bien, porque nos divierte (ojalá), pero también y sobre todo, porque amamos a nuestra familia y es por ellos que lo hacemos. Y si es así, nuestro trabajo en vez de perjudicar nuestra vida familiar, debería estar a su servicio.

Preguntémonos: ¿qué lugar ocupa en mi corazón el trabajo cotidiano, qué valor le doy, cómo afecta a mi sentimiento de autoestima, qué beneficio o qué perjuicio ocasiona a mi familia? Y en este último caso, ¿cómo puedo modificar esa situación negativa?

## **8) Tiempo para los demás: padres, hermanos, amigos**

A la edad de muchos de ustedes es común la preocupación por los padres ancianos y la dedicación de tiempos para ellos. También es normal compartir tiempo con nuestros hermanos y sus familias, y el tiempo compartido con los amigos. La apertura a nuestras familias de origen y amigos da aire a la convivencia cotidiana con los nuestros. Sin embargo éstos son vínculos y afectos que deberían ocupar un lugar no tan central como la propia familia. Si el orden que trae paz es, como dijimos, un orden de amores, cuando la familia de origen o los amigos ocupan un lugar cualitativamente más significativo que la propia familia, esto desarmoniza mi vida y mis relaciones. Se producen planteos, celos, reproches: expresión de que algo no anda bien.

Pregúntense si todavía existen en ustedes “dependencias” no maduras respecto de sus padres y familia de origen que les quitan libertad para vivir su relación matrimonial y construir su propia familia. ¿Mi relación con mi familia o con mis amigos favorece o perjudica mi relación matrimonial y familiar?

## **9) Tiempo para la comunidad**

Otro aspecto importante de la vida matrimonial y familiar es la posibilidad de dedicar algún tiempo y dedicación a la comunidad. La comunidad puede ser el colegio de los chicos, la parroquia o un movimiento eclesial, una actividad de voluntariado, la participación en un club, en grupos de estudio y reflexión, etc. Me parece que, bien dosificadas, estas actividades nos enriquecen como personas. Sería importante que no fueran una evasión de la propia realidad familiar, sino una forma de apertura y oxigenación, donde compartimos con otras personas iniciativas de servicio o de formación personal.

## **10) Tiempo para Dios**

“Last but not least”, como dicen los ingleses, está nuestra dedicación a Dios. Obviamente Dios no debería ocupar unos minutos del día en nuestra vida. Él es el Señor de nuestra vida. Él preside nuestra agenda porque es el Señor de nuestro corazón. Él es el amor primero que ordena y pacifica los demás amores y dedicaciones. Él debería ser el motivo y el impulso de nuestra acción; el que modela el estilo de nuestra vida personal, matrimonial y familiar. La fe no es un compartimento pequeño y aislado de nuestra semana. La fe es algo que atraviesa todos los ámbitos y tiempos de nuestra vida imprimiéndoles una modalidad particular.

Como somos seres espirituales encarnados, nuestros amores –la pareja, los hijos, la familia, los amigos, la actividad profesional– requieren un tiempo dedicado. Si no dedico tiempo a los que digo amar, no los amo de verdad y además no recibo de ellos su amor. Lo mismo ocurre con nuestra vida de fe. Necesitamos dedicar un tiempo en un lugar a nuestra comunión con el Señor. Allí entregamos nuestro ser al Señor y recibimos el suyo ya que Él desea ser nuestro. Dedicado ese tiempo y espacio a esta relación de reciprocidad y amistad con Dios, su amor puede tomar nuestro corazón, puede habitarnos, y así su presencia en nuestra vida empieza a ser significativa, influyéndonos en todo lo que hagamos. Vamos viviendo como amigos de Dios en medio de los hombres. Y se nota.

## **11) “Hay un tiempo para cada cosa bajo el sol” (Eclesiastés 3,1)**

La felicidad no es tanto un bienestar provocado por estímulos exteriores: placeres, viajes, diversiones (todas cosas necesarias y buenas), sino sobre todo por un orden interior que trae paz. Es un orden afectivo, un orden de amores. Aprender a dar “un tiempo a cada cosa” y ordenarlas amorosamente nos traerá paz interior. Ya no hará falta que los tiempos sociales, políticos, familiares sean perfectos o excelentes. Aun en medio de tiempos difíciles podremos vivir con mayor armonía si cuidamos y ordenamos nuestros amores. Porque la sensación de infelicidad surge de un corazón insatisfecho en el amor: amor de sí mismo y de los demás; y la experiencia de la paz brota cuando estamos habitados por amores saludables y cuidados.

Trabajemos sobre estas cuestiones durante el año en nuestros grupos. Nos ayudaremos a ser un poco más felices.